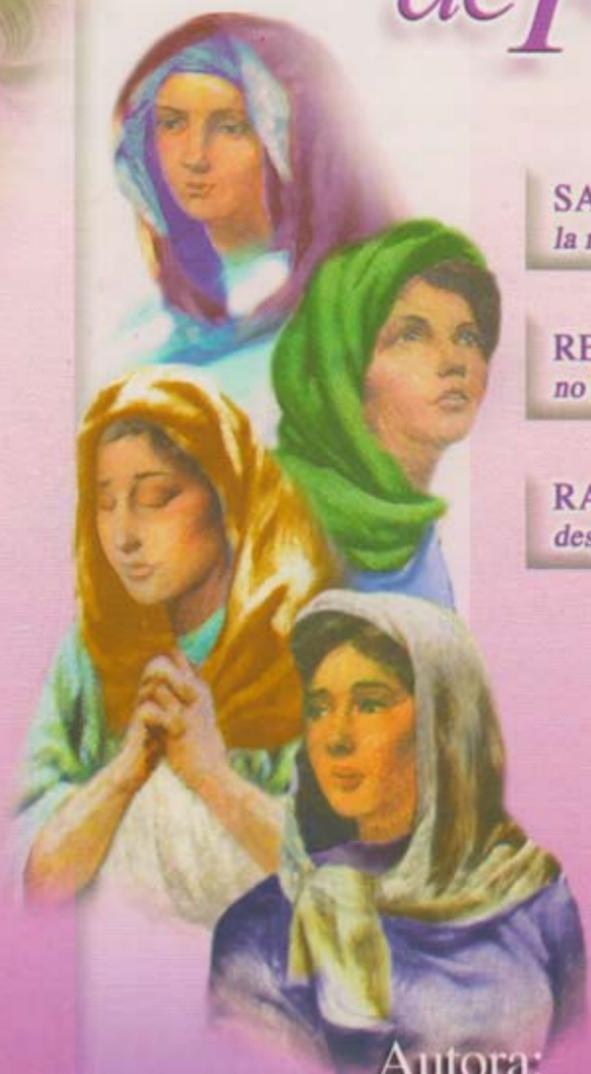


Mujeres de Fe



SARA:

la mayor parte del tiempo

REBECA:

no todo el tiempo

RAQUEL Y LEA:

después de algún tiempo

Autora:

Marilyn Kaynor

Mujeres de fe

Sara: *la mayor parte del tiempo*

Rebeca: *no todo el tiempo*

Raquel y Lea: *después de algún tiempo*

Autora:

Marilyn Kaynor

Pregúntese a sí misma...

- ¿Estoy deseando que sea él quien lidere?
- ¿Estoy deseando un hijo?
- ¿Ha comenzado a desmoronarse mi matrimonio después de la llegada de nuestros hijos?
- ¿Tengo preferencia por alguno de nuestros hijos?
- ¿Acaso tengo yo mejores planes para ellos que los de Dios? ¿Me estoy aferrando demasiado a ellos?
- ¿Me siento como si Dios estuviese actuando tan lentamente que soy tentada a “ayudarlo”?
- ¿Soy más dotada que mi esposo?

Si usted *se identifica* con estas preguntas, la lectura de este folleto puede servirle de ayuda.

Todas las citas bíblicas, a menos que se indique lo contrario, fueron tomadas de la SANTA BIBLIA, revisión Reina-Valera de 1960 © Sociedades Bíblicas Unidas. Usada con permiso. Todos los derechos reservados.

Primera edición en español, 2004
Publicado originalmente en inglés con el título: *Women of Faith*, © 2003

La autora agradece a Eugenia Price, cuyo libro, *Dios Habla Hoy a las Mujeres*, fue fuente de parte del contenido de este libro.

Traductores: Yaíma Gutiérrez Valdés y David A. Gomero Borges.

*A mis nietas:
Jenna Mae, Anna Ruth y Ellie Rose*

*Mujeres de Fe
en preparación*

“La mujer sabia edifica su casa; mas la necia con sus manos la derriba.”

~ Proverbios 14:1

“Para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo,”

~ 1 Pedro 1:7

Mujeres de fe

¿Qué tiene que decirnos Dios a través de las vidas de Sara, Rebeca, Raquel y Lea según se registra en el libro de Génesis? ¿Cuál fue la respuesta de fe de estas mujeres ante los retos que se les presentaron por delante? ¿Edificaron ellas sus casas o las derribaron con sus propias manos?

Dios no se detiene ante nada a la hora de aumentar nuestra fe. Su propósito es poner a prueba nuestra obediencia y hacernos fieles. Dios no escatimó a los diez hijos de Job a la hora de perfeccionar su fe.

Estudiaremos a estas mujeres para analizar los retos que enfrentaron. En ocasiones lo hicieron muy bien; en otras, al igual que nosotras, fracasaron. Seguro podremos identificarnos con estas mujeres.

Sarai:

Mujer de fe... la mayor parte del tiempo (Génesis 12: 1-9)

Imagínese que un día su esposo llegue a casa después de un día de trabajo y le dé la noticia que tienen que mudarse a un lugar muy lejano. Al buscar respuestas a sus preguntas, usted llega a saber que allí sólo vive gente impía, que ese lugar está en el fin del mundo, y que vivirá permanentemente en tiendas de campaña, sin amigas, sin ir de compras, sin nada, tan solo en

una propiedad de tierra arenosa. ¿Cómo se sentiría? Pues esta era la situación de Sarai (v.1). Además parece que no se discutió sobre este asunto. Después de haber inquirido a Abram acerca de lo que su Dios le había dicho, se esperaría simplemente que Sarai accediera y comenzara a empacar sus tantas pertenencias, pues Abram era un hombre acaudalado. Puede que hasta hayan sacado algunas de sus cosas para venderlas antes de mudarse.

Ante las interrogantes de sus criados no tendría mucho que responderles, pues carecía de respuestas. Lo único que sabía era que su esposo había hablado, y que su Dios los estaba guiando a una tierra lejana. Esto no tenía sentido, pero lo estaban haciendo. Es muy probable que hayan vendido o regalado parte de sus preciadas pertenencias. Todas las cosas con las que se iba a quedar tendrían que ir empacadas sobre camellos. Podemos sólo imaginar lo difícil que debe de haber sido para Sarai, y aún así respondió en fe al decidir obedecer las instrucciones de su esposo. De seguro que no fue nada fácil, especialmente si tenemos en cuenta el medio de transporte con que contaban: montando camellos. No era nada fácil.

Entonces decidieron llevar a consigo a Taré, el padre de Abram, y a su sobrino Lot, así como a muchos criados y animales. Se detuvieron en Harán después de haber viajado 644 kilómetros aproximadamente, quizás porque a Taré ya le resultaba imposible seguir

viajando. Después de haber permanecido algún tiempo en Harán, Taré murió y Dios renovó Su llamado en cuanto a sus vidas. No debían quedarse en Harán sino seguir camino hacia Canaán, la tierra prometida, por lo que continuaron su viaje otros 1 770 kilómetros, para un total de 2 414 kilómetros aproximadamente. ¡Vaya viaje!

No existen evidencias de que Sarai conociese a este Dios. Ella había crecido en la ciudad pagana de Ur, donde ni se reconocía ni se adoraba al Dios verdadero. De hecho la gente de Ur adoraba a Nana, la diosa de la Luna. De una forma u otra Dios se le había revelado a Abram, pero hasta este punto las Escrituras no mencionan que lo haya hecho así con Sarai. Al fin y al cabo, en aquel tiempo la mujer no gozaba ni del estatus ni de la importancia de los que goza hoy en día; era considerada una propiedad más. Simplemente se esperaba que obedeciera a su esposo, sin importar cuán extrañas parecieran las instrucciones.

Sarai obedece fielmente a su esposo (Génesis 12:10-20)

Isaías 31:1 dice: “*¡Ay de los que descienden a Egipto por ayuda...!*” ¡Qué pena para Sarai y Abram que Isaías escribiría esto unos 1300 años después!

Puede que en ocasiones estemos haciendo la voluntad de Dios y aún así enfrentemos problemas. El hambre

era un problema real, especialmente en un territorio donde no había un mercado en la esquina para comprar alimentos ni habían tenido el tiempo para cultivarlos. Dios simplemente estaba probando la fe de Abram. Él sabía de ese período de hambre y hasta estaba en Sus planes que sucediera. ¿Por qué nos sentimos acabados cuando Dios permite pruebas en nuestras vidas? ¿Por qué nos preguntamos si realmente estamos haciendo la voluntad de Dios cuando surgen los problemas? 2 Timoteo 3:12 dice: *"Y también todos los que quieran vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución"*. ¿Por qué? Porque sabemos *"...que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza; y la esperanza no avergüenza..."* (Ro 5:3-5).

Así que Abram hizo lo que hubiese hecho la mayoría de nosotros: se trasladó a Egipto con su familia. Usted puede pensar que quizás él no sabía cómo eran los egipcios, pero los versículos 11-13 nos indican que al menos él sabía que a ellos, en especial al faraón, les gustaban las mujeres hermosas. El faraón por lo general tenía la decencia de tomar para sí mujeres solteras, pero no constituía un problema para él eliminar al esposo de una mujer casada que le gustara. Es muy probable que tuviese hombres colocados a las puertas de su tierra con el objetivo de detectar toda mujer hermosa que pudiese ser añadida a su harén.

En tanto que Abram se aproximaba a Egipto, dijo a Sarai: "... conozco que eres mujer de hermoso aspecto [a pesar de que tenía al menos 65 años]; y cuando te vean los egipcios, dirán: Su mujer es; y me matarán a mí, y a ti te reservarán la vida. Ahora, pues, di que eres mi hermana, para que me vaya bien por causa tuya, y viva mi alma por causa de ti" (versículos 11-13).

¿Qué debió haber hecho Sarai? ¿Debió haber obedecido a Abram o haber pensado en su propio bien? Esta era una verdad *a medias*. Ella era en realidad medio hermana de Abram, pues el versículo 12 menciona que eran hijos del mismo padre, pero no de la misma madre. Sin embargo, una mentira era una mentira, aunque fuese una mentira a medias. ¡Este era para ella el mayor acto de sumisión! Si obedecía, estaba exponiéndose a un alto riesgo. Era muy probable que los hombres de faraón la tomaran y entonces tendría que permanecer el resto de sus días en su harén. Probablemente nunca más vería a Abram. Ella puede haberse preguntado: "*¿Cómo puede Abram pedirme que haga semejante cosa?*". *¿Cómo podía él esperar que ella corriera semejante riesgo para salvar su vida?*

Sarai obedeció a su esposo, y las Escrituras la elogian por eso. 1^{ra} de Pedro 3:5-6 expone: "*Porque así también se ataviaban en otro tiempo aquellas santas mujeres que esperaban en Dios, estando sujetas a sus*

maridos; como Sara obedecía a Abraham, llamándole señor; de la cual vosotras habéis venido a ser hijas, si hacéis el bien, sin temer ninguna amenaza”. Uno puede preguntarse si realmente Sarai tuvo la posibilidad de elegir en este asunto, pues según las costumbres de aquella época, se suponía que las esposas simplemente obedecieran a sus esposos. Aún así la Biblia nos dice que Sarai hizo bien en obedecer a su esposo y al Dios de él. Por supuesto que cuando los egipcios la vieron, la llevaron a faraón.

La historia nos relata a continuación que Dios intervino en forma sobrenatural y maravillosa al enviar plagas sobre la casa de faraón para proteger a Sarai. Dios honró la obediencia de ella. Faraón le había dado a Abraham ovejas, vacas, asnos, camellos y siervos a cambio de Sarai, pero en cuanto se dio cuenta de que las plagas habían sido enviadas debido a ella, mandó llamar a Abram, lo encaró y le ordenó que tomara a Sarai y que se fuera de allí.

Fíjese en cuánto tiempo pudo haber transcurrido hasta que enfermó la casa de faraón (esposas y siervos) y hasta que pudieran darse cuenta de la relación entre las plagas y la presencia de Sarai en el lugar. Pudieron haber transcurrido muchos días y hasta semanas. Cada día que pasaba debe de haber sido de extrema ansiedad y de miedo para Sarai. ¿Acaso Faraón la llamaría esta noche? ¿Se vería ella obligada a comprometer su pureza? ¿Habría ella comenzado a

preguntarse si Abram la amaba en realidad, luego de haber llegado al punto de poner en riesgo la integridad de ella a cambio de salvar su vida?

Y en cuanto a Abram: ¿cómo habrá pasado aquellos días en los que sabía perfectamente que era culpable de haberle pedido a su amada esposa que mintiera? ¿A qué clase de peligros la estaba exponiendo? ¿Qué podía hacer él ahora para sacarla de todo eso? Lo único que podía hacer era orar a su Dios, clamar a Él por misericordia. Dios contestó esa oración y libró a sus dos hijos, uno desobediente y una obediente. En eso consiste Su misericordia, la cual Él extiende también a todos nosotros siempre.

Sarai realmente debió de haber visto la mano del Dios de su esposo en esta liberación. Él se había revelado a ella en una forma poderosa, y a la vez muy personal; la había rescatado a ella, *sólo a ella*. Le había mostrado Su amor y había premiado su obediencia.

¿Puede imaginar la conversación de Sarai y Abram de regreso a Canaán? Quizás sólo hubo un gran silencio. ¡Abram había sido reprendido por un rey pagano! Había hecho mal en trasladar a su familia a Egipto, y lo peor fue haber puesto en riesgo a su esposa en la casa de Faraón. ¿Podría Sarai perdonarlo? ¿Estaría ella usando su silencio para comunicarle su gran desagrado? ¿Se humillaría Abram y le pediría perdón?

¡Puede haber sido un largo y silencioso viaje de regreso a casa!

Muchas parejas pueden identificarse con este escenario, aunque las circunstancias sean distintas. Todos tenemos nuestras armas de comunicación, ya sea con nuestras palabras o con nuestro silencio, aunque ambos usos pueden ser fatales para una comunicación efectiva. Las parejas necesitan aprender a comunicarse mediante un adecuado uso de palabras honestas, sin dejar de ser amables. Podemos sólo imaginar cómo fue que se comunicaron Abram y Sarai en realidad, pero podemos estar seguros de que lo lograron.

Algunos pudieran rebatir con los siguientes argumentos: “Mira cómo Dios bendijo las acciones de Abram. Mira toda la prosperidad, todos los animales y siervos que ganó gracias a Faraón”. No obstante Abram sabía mucho más. Sabía que la prosperidad no es necesariamente una señal de la bendición de Dios. Sabía que se había equivocado y tanto él como Sarai sabían que Dios los había librado misericordiosamente.

Sarai: su infidelidad al intentar “ayudar” a Dios (Génesis 16-21)

Como sucede casi siempre que enfrentamos dificultades, nos impacientamos y nos inclinamos a

pensar que Dios necesita de nuestra ayuda. Mientras Él continúa poniendo a prueba nuestra paciencia y obediencia por medio de tribulaciones, en cierto modo pensamos que necesitamos resolver el asunto por nuestra cuenta. Al fin y al cabo, como dice ese antiguo refrán, “Dios ayuda a los que se ayudan a sí mismos” (refrán que no se encuentra en la Biblia). Sarai se sentía igual.

Abram y Sarai tenían un problema: mucho tiempo atrás Dios le había prometido a Abram una gran posteridad, de hecho, tantos descendientes “como el polvo de la tierra” (13:16) y que naciones y reyes saldrían de él (17:6); sin embargo, ellos no tenían hijos, ¡ni siquiera uno! Esa promesa simplemente no tenía sentido. Una vez más su fe estaba siendo puesta a prueba severamente.

Luego de diez años de Dios haberle prometido a Abram (cuando tenía 75 años y Sarai, 65) una gran descendencia, Sarai se impacientó (¿no lo haríamos también nosotros?). Se impacientó de tal forma que le sugirió a Abram que tomase a Agar, su sierva egipcia, como su segunda esposa para que tuviese un hijo con ella. El hijo sería legalmente de Sarai. Las costumbres de entonces dictaban que si una mujer no podía tener hijos, podía usar su sierva para ello.

Tal vez razonaron: “¿Acaso Dios prometió que el hijo de Abram sería también hijo de Sarai?”. A fin de

cuentas la mayoría de los hombres de la talla de Abram se habrían casado con otras mujeres desde mucho antes. Es encomiable el hecho que no lo haya hecho y que se mantuviese fiel a su amada Sarai.

Consideremos otro asunto. ¿Dónde había obtenido Abram y Sarai una esclava egipcia? Es muy probable que cuando habían descendido a Egipto en desobediencia. Agar posiblemente había sido una de las sirvas entregadas a Abram a cambio de Sarai. ¡En primer lugar nunca debieron haberla obtenido! Note cómo un pecado lleva a otro pecado. Eso fue lo sucedió en este caso.

Abram escuchó a Sarai, lo cual es algo bueno por lo general, pero no fue así esta vez. Parecía ser una solución lógica a sus problemas. Quizás razonaron que se estaban poniendo viejos y que sus relojes biológicos se estaban agotando. Tal vez Dios nunca había concebido que Sarai fuese la madre del hijo de Abram, Él nunca lo había revelado abiertamente (al menos no se había registrado hasta la fecha). *Dios necesitaba de su ayuda*. Quizás encontraron estas excusas para seguir a su manera la dirección de Dios.

Nosotros también somos buenos en eso. Podemos fácilmente sacar conclusiones y justificarnos ante las directivas de Dios. Muy a menudo hacemos que la Palabra de Dios diga lo que queremos oír para poder hacer lo que queremos, o tomamos nuestras tijeras

espirituales y cortamos dos o tres versículos porque no nos gusta mucho lo que dicen.

No es necesario seguir leyendo para darse cuenta de que surgieron las dificultades. Abram no debió haber escuchado nunca la sugerencia de su esposa. Poco tiempo después Agar quedó embarazada; fue entonces cuando comenzó a despreciar a su ama. Sus acciones atormentaban a Sarai; se jactaba de poder concebir, mientras que su ama no podía. La situación se tornó intolerable para Sarai. Entonces fue ante Abram y se quejó, ¡incluso lo culpó de haber provocado tal situación (v.5)! ¿No somos buenos culpando a otros cuando las cosas salen mal?

El pacífico Abram le dio permiso a Sarai para que hiciese con Agar lo que quería, lo cual trajo como resultado que Agar intentara regresar a Egipto después de que Sarai la tratara severamente. Las Escrituras nos relatan a continuación de cómo Dios se le apareció en el desierto, proveyó para ella y para su futuro hijo, y le dio instrucciones de regresar. Ella obedeció y regresó a la tienda de Abram y Sarai, donde dio a luz a su hijo Ismael cuando Abram tenía 86 años de edad.

Habían pasado trece años cuando Dios habló de nuevo a Abram. Trece años de silencio. Trece años de regocijarse en su hijo Ismael, y de verlo crecer hasta que se hizo un adolescente. Fue entonces cuando Dios

habló (17:1-22); Abram tenía 99 años. Después de recordarle quién era Él, Dios cambió sus nombres. El de Abram (padre exaltado) fue cambiado por Abraham (padre de muchas naciones); y el de Sarai, por Sara (princesa). Además Dios declaró nuevamente que Abraham tendría un hijo, y aclaró que efectivamente Sara sería la madre de muchas naciones y reyes. Tanto Abraham como Sara rieron – la de él fue una risa de duda; la de ella, de incredulidad.

El capítulo 21 nos relata la sorprendente historia. ¡Qué gran gozo el de ellos al darse cuenta de que Sara estaba encinta, a la edad de 90 años! ¡Increíble! Y en el tiempo perfecto de Dios, no en el de ellos. ¿Por qué Dios había tardado tanto en cumplir Su promesa? ¡Porque mientras se difundiera por todos los alrededores la noticia que Sara estaba esperando un hijo, Dios recibiría toda la gloria por la milagrosa concepción y el inminente nacimiento, pues nadie de tan avanzada edad había tenido un hijo jamás! Como puede darse cuenta, Dios había estado preparado el escenario para el milagro durante 25 años. ¡No había ninguna explicación humana para ese milagro! Dios lo había hecho. Podemos sólo imaginar el orgullo de Abraham y su reivindicación ante los ojos de todos aquellos que habían dudado de él, entre ellos Sara. Ahora habían desaparecido todas esas dudas y Sara ciertamente había vuelto a ver a Dios.

Si podemos comprender y explicar todo lo que sucede en nuestras vidas por nuestro propio esfuerzo, nos estamos perdiendo algo... o más bien, a Alguien; Dios no está haciendo mucho en nuestras vidas. De seguro Abraham y Sara no hubiesen podido explicarse lo que había sucedido sin la intervención directa de Dios. Ellos habían salido de su tierra en fe y Él los estaba recompensando por haberlo hecho.

Finalmente llegó el gran día y Sara trajo al mundo un hijo. Ellos, en obediencia a las instrucciones del ángel, dieron por nombre al niño Isaac (risa), como recordatorio de cómo ambos habían reído cuando se les dijo que en poco tiempo serían padres, a pesar de su avanzada edad. Isaac fue circuncidado ocho días después, en obediencia al mandato de Dios. Años más tarde, cuando Isaac fue destetado, Abraham hizo una fiesta para todos sus vecinos y amigos. ¡Debió de haber sido una gran celebración!

Quizás no haya habido jamás padres tan felices como ellos, rebotando de la gloria de Dios sobre sus vidas. Ciertamente Sara y Abraham habían sido recompensados por su fe en Dios al recibir la bendición de Isaac. Cuán tonta debe de haberse sentido Sara al recordar cómo había tratado de “ayudar” a Dios muchos años antes. Simplemente no era el tiempo de Dios; Él sólo había estado “preparando el terreno”.

Dios, en Su infinita misericordia, bendijo la vida de Sara aún cuando ella evidenció su falta de fe. Hay también esperanza para nosotros. Quizás Dios esté preparando el camino para algo muy especial en la vida de usted.

Sara fielmente devuelve su hijo a Dios (Génesis 22)

Ya en sus noventa años o en sus cien, y después de haber esperado tanto por su hijo, Sara y Abraham deben de haber tenido que controlarse constantemente para no malcriar a Isaac. ¿Acaso había otro niño como ese, tan guapo, obediente y complaciente de sus padres como debe de haber sido él?

Entonces un buen día, cuando Isaac tenía alrededor de trece años, Dios habló una vez más a Abraham (v. 2). *“Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, y vete a tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré.”* ¿Habrá oído bien Abraham? ¿Le habrá dicho Dios en verdad que sacrificara a su amado hijo? ¡Cómo! Sólo los paganos hacen semejante cosa. ¡De cierto Dios no querría que Abraham lo hiciera!

¡Sin embargo Abraham había escuchado correctamente! No había ningún error, y él no discutió con Dios ni protestó. La Palabra declara seguidamente (v. 3): *“Y Abraham se levantó muy de mañana, y*

enalbardó su asno, y tomó consigo dos siervos suyos, y a Isaac su hijo...”

Esta es una muestra de obediencia extraordinaria. Imaginémonos junto con Eugenia Price el siguiente escenario:

Sara se dirigió hacia la salida del campamento con Abraham e Isaac, preguntándose por el camino cuál sería la causa de las reservas de su esposo en cuanto a este viaje. ¿Por qué su amado rostro había reflejado coraje y luego terror mientras se preparaba para partir? ¿Hacia dónde se dirigían? ¿Por qué él no le diría? ¿Por qué sintió una ansiedad que atrapó su corazón y le impidió sonreír en el momento que les decía adiós con su mano?

Pasó un día, dos, hasta tres, pero aún Sara no podía librarse de aquella ansiedad, y se enfrentó a sus temores: “Él está con su padre; no debería preocuparme tanto”. Pero había algo en los ojos de Abraham mientras se alejaba. ¿Qué era? Quizás trató de convencerse de que con el paso de los años imaginaba demasiadas cosas, pero los sentimientos de preocupación y pavor no la dejaban en paz.

A tres días de camino, en lo alto de una montaña de la tierra de Moriah, Abraham levantó su cuchillo contra su hermoso hijo, a quien había atado al altar. Isaac se había tendido obedientemente sobre el

mismo, casi como si hubiese sabido que estaba representando a Otro que entregaría Su vida muchos años más tarde.

De repente se oyó una voz, una imponente voz que quebrantó el silencio: “Abraham, Abraham... No extiendas tu mano sobre el muchacho” (versículos 11,12) – exclamó la voz – “ni le hagas nada; porque ya conozco que temes a Dios, por cuanto no me rehusaste tu hijo, tu único”. Y en un matorral cercano había un carnero, el sustituto perfecto para el sacrificio.

Cuando Abraham e Isaac regresaron a casa, Sara debió de haberse llenado de gozo y de alivio. Dios la estaba probando a ella y a Abraham. ¿Estaban ellos dispuestos a entregar a Isaac? Quizás lo amaban demasiado. Dios quería simplemente que ellos “soltaran” a su amado hijo.¹

¿Cómo pudo Abraham haber considerado sacrificar a su hijo? Hebreos 11:19 nos ayuda a comprender cómo: “...pensando que Dios es poderoso para levantar aun de entre los muertos, de donde, en sentido figurado, también le volvió a recibir”. Abraham razonó, de manera lógica, que si Dios quería sacrificar su hijo, Él le devolvería después la vida. ¿Por qué? Pues esa era la única forma en que Dios podía darle a Abraham tantos descendientes como el polvo de la tierra. Isaac tenía que vivir, y Abraham

prosiguió en fe, creyendo que Dios lo levantaría de los muertos.

Parece que Dios le dio la victoria a ambos. Si Abraham le contó la historia una y otra vez, Sara debe de haberse detenido ante cada detalle, de cómo no fue hasta el último momento que Dios proveyó Su propio sacrificio, una hermosa ilustración del futuro sacrificio, Jesucristo, quien un día moriría una vez y por todas como el sustituto perfecto por nuestros pecados.

Sara vivió unos 20-25 años más, hasta la edad de 127, después de haber tenido una vida llena de gozo y de dolor. El gozo de haber tenido y criado a su hijo Isaac; y el dolor de que se lo hubiesen pedido. Dios le había recordado que Isaac era Su hijo y que ella sólo lo tendría por unos años.

¿No sucede de igual forma con nuestros hijos? Nosotras las madres tenemos la tendencia a asirnos demasiado a nuestros hijos. No queremos soltarlos y darlos a Dios; tenemos miedo de hacerlo. En cierto modo pensamos que nuestros planes son mejores para ellos, que sabemos lo que es mejor para ellos. Somos propensas a olvidar el gran privilegio que constituye ser llamado para servir a Dios, ya sea en casa o lejos. Además olvidamos que constituye un privilegio ser madre o padre de un hijo a quien Dios ha llamado. ¿Por qué decimos: “*Soy muy bendecida, mi hijo(a)*”

vive al doblar la esquina”? ¿No debiéramos también decir: “¡Soy muy bendecida, mi hijo(a) ha sido llamado(a) al campo misionero!”?

Verdaderamente Sara fue una mujer de fe. Tuvo que sufrir algunos reveses, mas fue incluida en la Galería de la Fe en Hebreos 11:11. *“Por la fe también la misma Sara, siendo estéril, recibió fuerza para concebir; y dio a luz aun fuera del tiempo de la edad, porque creyó que era fiel quien lo había prometido.”* Dios sometió a prueba su fe, como se nos habla en 1 Pedro 1:7, uno de nuestros versículos-tema.

¿Recuerda el otro de nuestros versículos-tema en Proverbios 14:1? Sara sí que causó conflictos en su hogar cuando entregó a Abraham su sierva para que tuviese un hijo con ella, pero en general ella fue verdaderamente una mujer sabia que a la larga edificó su casa.

Rebeca: Mujer de fe... no todo el tiempo

Enfoquémonos ahora en Rebeca, la nuera de Sara.

Rebeca responde en fe a la voluntad de Dios (Génesis 24)

Era la hora de la tarde, la hora en que las doncellas del pueblo salían al pozo en busca de agua. Una mujer extraordinariamente hermosa se acercaba con su enorme cántaro de barro cuando escuchó unos camellos aproximarse bajo las órdenes de sus carreteros. Apareció una pequeña caravana, y se apeó un hombre digno de su edad y de sus costosas vestiduras.

El pozo se encontraba en Mesopotamia, en la ciudad de Nacor, donde aún vivían Nacor, hermano de Abraham, su esposa Milca y sus hijos. El hombre era el anónimo y fiel siervo de Abraham, quien además le había pedido a Dios que honrara su importante misión. Le había prometido a su señor, Abraham, que hallaría una buena esposa para su hijo entre los parientes de Abraham. ¡Pero no cualquier muchacha! El siervo había orado específicamente (versículos 12-14). “Oh Jehová, Dios de mi señor Abraham, ...sea, pues, que la doncella a quien yo dijere: Baja tu cántaro, te ruego, para que yo beba, y ella respondiere: Bebe, y también daré de beber a tus camellos; que sea ésta la

que tú has destinado para tu siervo Isaac; y en esto conoceré que habrás hecho misericordia con mi señor.”

¿Se percata de lo específico que fue el siervo en su oración? Él razonó que la que le diera de beber a él y le brindase además agua para sus camellos sería lo suficientemente servicial, diligente, enérgica, y hospitalaria para clasificar. La futura esposa de Isaac debía reunir todas estas cualidades para emprender el largo viaje de regreso, así como para asumir las responsabilidades como dueña de grandes posesiones y llevar en su vientre la simiente prometida.

¡No obstante semejante respuesta era demasiado pedir! Cargar el agua necesaria para satisfacer la sed de diez camellos podía ser una tarea demasiado agotadora. ¿Podía él, un extraño, pedirle a una mujer que lo hiciera? Puede que él haya razonado: “Pero si ella se ofrece...”. ¡De esta forma Dios guió sus pensamientos, como también lo hará con nosotros, si nos acordamos de pedirselo!

Aún antes de que hubiese terminado de orar (¿le recuerda esto Efesios 3:20? “Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de los que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros...”), una bella mujer de ojos oscuros, que se aproximaba al pozo y llevaba al hombro su cántaro, le llamó la atención. Entre las demás jóvenes que se reunían junto al pozo,

*ella era como una fresca rosa que resalta en un jardín de flores silvestres. Él la puso a prueba al pedirle agua, y cada especificidad de su oración comenzó a ser contestada: ella tomó la iniciativa y se mostró afectuosa, algo que Isaac necesitaría mientras se recuperaba de la pérdida de su madre. Una joven que cargara la suficiente agua para satisfacer la enorme sed de varios camellos no podía ser débil. Rebeca aprobó la prueba. La Biblia declara incluso que **ella corrió** al pozo para sacar el agua (v. 20).*

Sin proferir palabra, el siervo la observaba de cerca, confirmando su impresión de que era ella la escogida. El anciano siervo pensaba: “¿Cómo puede resultar tan fácil una misión que parecía demasiado difícil? Todo lo que ella hace, lo hace con entusiasmo”. Él la observaba correr del pozo hacia los camellos una y otra vez. Puede que hasta le haya sonreído, incitándolo a que la halagara. Como muestra de agradecimiento, el siervo le hizo algunos regalos: un pendiente y dos brazaletes que en total pesaban cuatro onzas y media de oro.

No obstante, antes de que pudiera estar completamente seguro, tenía que preguntarle lo más importante: “¿De quién eres hija? Por favor, ¿acaso hay espacio en la casa de tu padre para que yo pueda pasar la noche?”. Sus respuestas serían la última señal de que ella era de la familia de su señor, y de

cierto el Señor había guiado al siervo hacia esta mujer.

“Soy hija de Betuel hijo de Milca, el cual ella dio a luz a Nacor” (*versículos 24-25*). “Y añadió: También hay en nuestra casa paja y mucho forraje, y lugar para posar.” *¡Perfecto! ¡Nacor era el hermano de Abraham! El siervo se postró en tierra y adoró al Señor (v. 27): “Bendito sea Jehová, Dios de mi amo Abraham, que no apartó de mi amo su misericordia y su verdad, guiándome Jehová en el camino a casa de los hermanos de mi amo”.*²

¿Cómo se aplica esto a nosotros? Significa que cuando estamos ocupados en hacer los que conocemos como la voluntad general de Dios (fidelidad, obediencia, etc.), Él nos dará cualquier dirección específica que estemos necesitando. ¿Ha notado cuánto más fácil es empujar un automóvil que está en movimiento que uno que está detenido? Es decir, si estamos ocupados sirviendo a Dios, en vez de estar sentados en espera de recibir Su dirección, será más probable que nos muestre los detalles específicos que queremos saber.

¿Qué le habría sucedido a Rebeca de no haber sido generosa en cuanto a su ofrecimiento de traer agua para los camellos? ¿Qué hubiese sucedido de no haberse brindado para hacer más de lo que se le pidió? Se hubiese perdido la bendición de la voluntad específica de Dios para su vida. Al ser sensible,

obediente, y acudir al llamado de Dios, pudo disfrutar de Su elección en cuanto al compañero de su vida. Rebeca escogió lo mejor.

Después de contestar las preguntas del siervo, ella corrió nuevamente, pero esta vez hacia su casa para contar lo sucedido y mostrar a su familia los regalos. Labán, el hermano de Rebeca, escuchó con atención hasta captar la esencia del cuento acerca del rico visitante. Una vez que le vio a su hermana el pendiente y los brazaletes, se apresuró hasta el pozo, con la esperanza de hallar mayor fortuna.

“Ven, bendito de Jehová; ¿por qué estás fuera? He preparado la casa, y el lugar para los camellos” (v. 31). Los camellos fueron atendidos; se le dio agua a él y a los hombres que con él venían para lavar sus pies; y se le preparó rápidamente abundante comida, quizás una sabrosa carne de ternero sazonada con especias, panes frescos, melones, moras, y miel. Sin embargo el siervo se negó a comer antes de contar los detalles de su visita y de lo ocurrido. Tal vez los avariciosos ojos de Labán permanecieron entreabiertos prestando gran atención al informe acerca de las riquezas de Abraham, del largo viaje y de lo que aconteció junto al pozo.

Rebeca ha de haber estado inquieta en su asiento, con los ojos llenos de emoción. ¡Qué romántico era todo!; aunque la propuesta debe de haber sido a la vez en cierto modo desconcertante – ¡por el hecho de tener

que viajar cientos de kilómetros para casarse con un hombre totalmente desconocido!; y al darse cuenta de que no podría volver.

Nos obstante Rebeca se sobrepuso a estas desventajas, e incluso ansiaba partir.

Sin distraerse el siervo explicó en qué consistía su misión. *“Ahora, pues, si vosotros hacéis misericordia y verdad con mi señor, declarádmelo; y si no, declarádmelo; y me iré a la diestra o a la siniestra”* – a lo cual Labán y Betuel respondieron: “De Jehová ha salido esto; no podemos hablarte malo ni bueno. He aquí Rebeca delante de ti; tómala y vete, y sea mujer del hijo de tu señor, como lo ha dicho Jehová” (vv. 49-51). ¿Quisiéramos que nuestro futuro fuese determinado hasta este punto? ¡A ella ni siquiera le preguntaron!

Nuevamente el siervo se inclinó en tierra en señal de gratitud a Dios por Su dirección y bendición, así como por la respuesta de la familia de la doncella. Luego regaló a la familia objetos de oro y de plata, además de vestidos para Rebeca. Una vez que cumplió con su cometido, se dispuso junto a la familia a disfrutar de la deliciosa cena y pasó la noche allí.

A la mañana siguiente el criado quiso irse. Labán y Mical no tenían tanta prisa, por lo que le pidieron que se quedara por unos días (v. 55). Quizás deseaban que

su hija se preparara antes de partir, pero después de titubear un poco, consultaron a Rebeca, quien dio por terminado el asunto al anunciar: “Sí, iré”. Dispuesta a dejar atrás todo lo que conocía y a comenzar un futuro lleno de aventuras con un hombre al que no conocía, la caravana emprendió viaje.

Rebeca, su nodriza Débora y sus demás doncellas se fueron aquel día para nunca más volver. Sólo podemos imaginar todas las cosas que pasaron por su mente en tanto que se aproximaba a ver a Isaac por primera vez. Sabía que era rico y que algún día sería el patriarca de una gran herencia; esto era todo lo que sabía.

¿La amaría él? ¿Lo amaría ella? Mientras se iban acercando al pozo del Viviente-que-me-ve, en el desértico Neguev, que se situaba al norte de Canaán, Rebeca divisó a un hombre caminando por el campo. Ella preguntó al criado: “*¿Quién es este varón que viene por el campo hacia nosotros?*” (v. 65). Probablemente ya sabía la respuesta. “Él es mi señor”—le contestó. Entonces Rebeca modestamente tomó su velo y se cubrió.

Isaac no necesitó saber más después de escuchar de labios del siervo lo sucedido. Satisfecho con que esta mujer fuera la escogida por Dios para él, Isaac no perdió tiempo. La condujo a la tienda de su madre y se casó con ella. Las Escrituras añaden: “*y la amó; y se consoló después de la muerte de su madre*” (que había

ocurrido tres años antes; v. 67). Esta hermosa historia de amor fue posible porque Isaac, el anónimo siervo y Rebeca fueron sensibles y obedientes a la voluntad de Dios.

Esta historia a su vez tipifica la salvación. Dios el Padre envió al siervo anónimo (al igual que el Espíritu Santo, el miembro de la trinidad que se mantiene en segundo plano, conforme de permanecer sin ser nombrado en múltiples escenas bíblicas) a una lejana tierra a buscar una novia para Su Hijo Jesucristo. ¿Quién es la novia? Somos nosotros, la Iglesia universal, constituida por los creyentes de todas las épocas. Al igual que Rebeca, somos desafiados a dejar atrás todo lo de nuestro mundo cuando reconocemos a Jesucristo como Señor y Salvador. Como Rebeca, también necesitamos ser sensibles y obedientes a la voluntad de Dios, para que no tengamos que conformarnos con algo inferior. En Génesis 24 Rebeca nos da un excelente ejemplo en cuanto a tomar la iniciativa, tener fe en Dios, someternos a Su dirección y a estar dispuestos a arriesgarnos.

Rebeca: fiel y amante esposa de Isaac (Génesis 25:19-26:35)

Desde el comienzo el matrimonio de Rebeca e Isaac fue mucho más que un arreglo para complacer a su anciano padre. Parece que Rebeca llenó el vacío del corazón de Isaac. No sería descabellado imaginar que

Isaac – quien nunca fue un hombre activo como su padre Abraham – terminara dependiendo de las enérgicas instrucciones de su esposa. Es probable que también Sara lo haya mimado mucho, pues a la edad de 40 años aún lloraba su pérdida. Él podía apoyarse en Rebeca porque, del mismo modo que Sara, ella se crecía ante cada reto que se le presentaba.

Durante 20 años Isaac y Rebeca parecen haber compartido sus mentes y sus corazones. Una y otra vez tuvieron que empacar sus pertenencias y mudarse de un lugar a otro, constantemente en busca de agua. El relato bíblico no menciona que Rebeca haya refunfuñado o que se haya quejado jamás. Al igual que lo había hecho su suegra Sara, a quien no conoció, Rebeca se sometió a la descortés solicitud de su esposo (26:7-11) de decirle aun rey extranjero (Abimelec, rey de los filisteos) que era la hermana de Isaac para salvar la vida de él (como mismo lo había hecho Abraham su padre muchos años atrás).

También como Sara, Rebeca cargó con el dolor de la infertilidad durante esos primeros 20 años de su matrimonio. En este sentido es obvio que se sintiese inepta, incluso avergonzada, pero en los restantes aspectos de su vida, se sabía una buena esposa. A diferencia de lo acontecido a Sara y Abraham, ¡Dios respondió a la oración de Isaac (25:21) por un hijo “sólo” después de 20 años! Él intervino en favor de Rebeca y ella concibió... ¡por cierto, gemelos! En

respuesta a la oración de Rebeca (vv. 22-23), Dios le dijo que había dos naciones en su seno, que dos pueblos serían divididos desde sus entrañas (estoy segura de que ella así lo sentía en su interior), y que el menor serviría al menor.

Rebeca: su infidelidad como esposa maquinadora (Génesis 27)

El vigoroso e independiente espíritu de Rebeca, que tanto la favoreció en Génesis 24, ahora es el factor que contribuye a incrementar la tensión en su matrimonio. En los próximos capítulos Rebeca se convertirá en un vívido ejemplo de lo que, si somos sinceros, es común a nuestras personalidades. Somos una combinación de desconcertantes contradicciones. Podemos mostrar nuestro lado bueno a nuestros amigos, invitados o colegas, pero ¿qué ocurre cuando nuestros invitados a la cena se marchan? Emerge nuestro ser interior. ¿Qué sucede al regresar a casa después de la iglesia el domingo en la mañana? Después de haber agotado todas nuestras energías en ser pacientes, positivos y agradables con los demás, ¡les gritamos a nuestros hijos y miramos con mala cara a nuestro cónyuge! Dios quiere que sometamos bajo Su control todos los aspectos de nuestras personalidades. Hubo días en que Rebeca lo hizo, pero muchos otros en que no fue así.

Los conflictos comenzaron cuando le nacieron los gemelos a Isaac y a Rebeca. Aun en el momento del

alumbramiento, Jacob (que significa él *agarra* o *engaña*) estaba agarrando el calcañar de su hermano Esaú (que significa *rojo* o *velludo*) ¡como si hubiese querido salir primero!

Los conflictos entre los dos hermanos resultaron en tensión entre Isaac y Rebeca. Tal vez porque Isaac era un hombre pasivo, admiraba la rudeza de su hijo Esaú, a quien le gustaba vivir al aire libre. Esaú era cazador y a su padre le encantaba la carne fresca que traía a casa. Rebeca tenía predilección por Jacob, quien prefería permanecer en casa, quizás ayudándola en los quehaceres hogareños. Es probable que Isaac y Rebeca se hayan distanciado con el tiempo cada vez más. Puede que hayan dejado de compartir sus corazones, y sus hijos. Cada uno tenía su favorito. Haber tenido sus dos hijos, lejos de unirlos, los distanció cada vez más.

En nuestros días también sucede que los matrimonios comiencen a desmoronarse con la llegada de los hijos. ¿La causa? Cuando las mujeres con un carácter excesivamente fuerte, como era el caso de Rebeca, son madres, pueden convertirse en extrañas para sus esposos, puesto que desvían su enfoque emocional completamente hacia sus hijos. De alguna manera Isaac había sido su “hijo”; ahora que tenía los suyos propios, y que su única incapacidad – su esterilidad – había sido superada, ella canalizaba todas sus energías hacia sus hijos en lugar de hacia su esposo. Él seguía necesiéndola como antes, pero ella ya no lo necesitaba

para sentirse completa. En este momento del texto bíblico es que se hace mención de la avanzada edad de Isaac (el v. 26 dice que Isaac tenía 60 años cuando nacieron los gemelos). Es posible que el cambio de su amada Rebeca lo haya avejentado.

En Génesis 27 Rebeca engaña a su esposo conscientemente, con astucia y premeditación. Quisiera sugerir cómo este matrimonio se fue desmoronando progresivamente hasta llegar a tal lamentable condición.

Posiblemente Rebeca haya comenzado a cambiar aún antes del nacimiento de los hijos. ¿Acaso la rivalidad entre sus hijos aun desde que estaban en su vientre había provocado las insalvables contradicciones de su personalidad? Su única debilidad había desaparecido, por lo que comenzó a tomar las riendas de su vida, y hasta donde conocemos, nunca más las soltó. Por ejemplo, probablemente en lugar de discutir los problemas con Isaac como sucedía en el pasado, parece que ahora ella sólo se limitaba a dar órdenes. Antes había sido tierna y encantadora, mientras que ahora se mostraba áspera, astuta, y engañadora. Quizás ella no era capaz de percatarse de los cambios que estaban ocurriendo en su interior, pero hasta su actitud hacia el Señor debe de haber cambiado. En un tiempo ella había sido sensible a Su voluntad, mientras que ahora parecía tener el absoluto control del futuro de sus hijos, en vez de ponerlo en las manos de Dios.

Además parece que Isaac permitió que todo esto sucediese. Su amor por ella era demasiado intenso, por lo que no discutía con ella, y al ser un hombre pacífico al igual que su padre, él le permitía salirse con la suya.

Estas situaciones puedan darse en los matrimonios actuales, aunque sea de forma sutil. Las esposas critican a los esposos, quienes viven pensando que son los líderes del hogar, pero pueden darse cuenta un buen día de que en realidad no lo son. Es probable que esto ocurra tan gradualmente que ninguno de los cónyuges lo advierta. El esposo permite que recaiga sobre la esposa todo el peso del liderazgo; y la esposa disfruta su nuevo papel de líder. Entonces surge una crisis que la esposa no es capaz de sobrellevar, por lo que va en busca de la fortaleza y del liderazgo del esposo. Pero, ¿dónde está él? Sentado en el sofá detrás de su periódico o mirando la televisión, contento de que ella se encargue de todo, y con la esperanza de que algún día ella aprenda que debió haber valorado el liderazgo de él.

Ninguno de los dos se arrepiente (él, de haber abandonado su liderazgo; ella, de haberlo procurado). Ella pierde el respeto por él; los hijos la siguen a ella, y acaban por perderle el respeto a ambos. Se va acabando la intimidad entre los esposos y poco a poco se van separando.

Creo que Isaac se convirtió en un problema para Rebeca, en un obstáculo en su camino. Quizás ella pensaba: “*Él ama al insignificante Esaú. ¿Acaso no recuerda que Dios me reveló que Jacob sería bendecido, y que Esaú le serviría?*”. Si Isaac no era capaz de darse cuenta de ello, Rebeca se encargaría de hacérselo saber, encargándose ella misma de este asunto. Estaba convencida (como lo estuvo Sara) de que Dios necesitaba de su ayuda.

El joven Jacob disfrutaba que su madre le hiciera trampa a su hermano Esaú, quien, en un momento de debilidad, vendió a Jacob su primogenitura por un plato de lentejas (25:29-34).

No obstante, este truco no hubiese sido válido si Jacob no procuraba la bendición de su padre. Obsesionada con su deseo de ver a Jacob obtener la bendición y por tanto convertirse en el patriarca de la familia al morir Isaac, Rebeca planeó la mejor forma de hacerlo.

Un buen día se presentó la oportunidad. Ella había estado espiando a las puertas de la tienda de Isaac (27:5); probablemente estaba acostumbrada a hacerlo. Isaac le había pedido a Esaú que le trajese caza y que le preparara su guisado favorito para que después de comer, él le diese su bendición antes de morir (Isaac tenía entonces 137 años, y no murió hasta la edad de 180, de acuerdo con 35:28. Una persona puede no tener vida aunque no haya muerto). En cuanto Esaú se

alejó, Rebeca y Jacob entraron en acción. Rebeca preparó dos buenos cabritos como ella sabía que a su ciego esposo le gustaban. Rápidamente ayudó a Jacob a vestirse con las ropas de su hermano, y cubrió sus manos y parte de su cuello donde no tenía vello con las pieles de los cabritos, de manera tal que pareciera y olera como la piel de Esaú. Como respuesta a la preocupación de Jacob de que podía ser descubierto, y como consecuencia, podía traer sobre sí maldición en lugar de bendición, Rebeca le dijo confiadamente: *“Hijo mío, sea sobre mí tu maldición; solamente obedece mi voz”* (vv. 11-13).

En tanto que Rebeca se apresuraba preparando la cena, quizás se repetía a sí misma: *“Sólo estoy cumpliendo la voluntad de Dios. Él necesita que le ayude en este asunto. ¡Isaac iba a echarlo todo a perder al darle su bendición a Esaú! Dios no ha hecho nada al respecto; por lo tanto es obvio que soy yo quien tiene que hacer algo”*. Nosotros podemos entender su lógica.

La profecía dada a Rebeca durante su embarazo era clara: el mayor serviría al menor. Seguro que Rebeca la había compartido con su esposo. ¿La habría olvidado Isaac? Probablemente no. Este es el argumento que ella debe haber usado muchas veces mientras crecían sus hijos e Isaac manifestaba su preferencia por Esaú. ¿Le estaría fallando la memoria con los años? Es posible que no, pues vivió 43 años más. ¿Estaba Isaac haciendo valer su autoridad sobre

Rebeca al ver a Esaú con más capacidades de líder que Jacob? Tal vez. ¿Estaba Isaac secretamente decepcionado de su pasividad y a su vez orgulloso de la extrovertida masculinidad de Esaú? ¿Rechazaba él a Jacob por permanecer siempre en casa y ser el hijito de mamá, como lo había sido él? ¿Acaso Isaac prefería a Esaú por ser lo que Isaac siempre quiso ser y sabía que no era? Puede ser.

¿Cómo pudo este matrimonio llegar a tal punto? Permítame sugerirle que Isaac casi siempre permitía que fuese Rebeca quien estableciera la paz en su hogar. Probablemente ella era más dotada que él, de cierto más aventurera y mostraba más iniciativa.

Posiblemente Isaac haya decidido hacer valer su autoridad al darse cuenta de que su autoestima estaba decayendo, pero lo que estuvo mal fue hacerlo con Esaú. ¿No es eso lo que sucede cuando los hombres evaden su papel de líderes? Ellos deciden reasumir su papel haciendo lo incorrecto. Después de haber permanecido inactivos por un tiempo, deciden hacerse valer. Entonces, cuando toman decisiones incorrectas, el orgullo los obliga a insistir que están en lo cierto.

Considero que el hecho que Rebeca fuese dominante encajaba con la pasividad de Isaac. Rebeca tuvo culpa por ser dominante; Isaac, por renunciar a su liderazgo. ¿Cuántos matrimonios son así en la actualidad?

¿Cómo es posible que lleguen al punto de que uno de los dos cónyuges engañe deliberadamente al otro, como lo hizo Rebeca? En general podemos concluir que la personalidad de Isaac era pasiva y emocionalmente dependiente debido a (1) su disposición a ser ofrecido como sacrificio en Génesis 22 (esta cualidad fue un gran punto a su favor en este contexto, pero por otra parte se convirtió en una debilidad con el paso de los años); (2) las repetidas veces que tuvo que trasladarse de pozo en pozo luego de haber reñido con él sus vecinos (Génesis 26); y (3) el largo período de tiempo en que lloró la muerte de su madre. En cambio Rebeca era más talentosa, más independiente, tal vez hasta más hábil que su pacífico esposo, por lo que a él le fue más fácil delegar en ella y dejar muchos asuntos en sus manos. Ella lo hacía bien y él se libró; ¡hasta podía culparla si algo salía mal!

Como se ha mencionado con anterioridad, este acuerdo funciona hasta que surge una crisis. Es entonces cuando todo se viene abajo y la esposa pretende que el esposo asuma su lugar de líder. Mas él no lo hace; en cambio espera que ella siga liderando como lo había hecho hasta ese momento.

Inmediatamente después de su exitoso engaño, Rebeca y Jacob escucharon el angustioso llanto de Esaú al darse cuenta junto con su ciego padre que habían sido burlados. Isaac había caído en la trampa de Rebeca. Jacob, su hogareño, inteligente y astuto hijo, se

convertiría en el patriarca de la familia una vez que muriera Isaac. Tal vez Rebeca estrechó bien fuerte las manos de su amado Jacob, jubilosa por la victoria. ¡Lo habían logrado! E Isaac y Esaú sabían perfectamente que no había vuelta atrás.

Sin embargo su felicidad duró poco. Rebeca se enteró de que Esaú había prometido matar a Jacob al término de los días del luto de Isaac. Esaú pensaba que su padre pronto moriría, por lo que estaba dispuesto a esperar para matar a su hermano.

Una vez más la mente calculadora de Rebeca echó a andar. Jacob tendría que irse de inmediato a casa de su tío Labán, donde estaría a salvo. Sólo tendría que esperar allí un poco hasta que se aplacara la ira de su hermano. Entonces Rebeca enviaría por él y podrían estar juntos nuevamente. Tal vez se preguntaba: “*¿Por qué habría de perderlos a los dos en un solo día?*”. Posiblemente haya agregado en voz alta: “No te preocupes, Jacob, yo me las arreglo con tu padre; obtendré su permiso para que te marches...”

Lo que sucedió después demuestra el dominio que Rebeca sabía que tenía sobre su matrimonio. Su objetivo era mandar de viaje a Jacob para su seguridad, por lo que, con la excusa de estar preocupada por el futuro matrimonio de su hijo favorito – y haciendo uso de sus consabidas maquinaciones – consiguió que Isaac autorizara oficialmente que Jacob se marchara

para que estuviese a salvo. *“Y dijo Rebeca a Isaac: Fastidio tengo de mi vida, a causa de la hijas de Het. Si Jacob toma mujer de las hijas de Het, como éstas, de las hijas de esta tierra, ¿para qué quiero la vida?”* (v. 46).

Justamente como Rebeca lo había imaginado, Isaac mandó a Jacob a irse de allí. ¿Cuánto tardaría en regresar? Tendrían que pasar veinte largos años (31:38), y es registro sagrado no hace mención de Rebeca cuando Jacob regresa, lo cual indica que ella murió en algún momento antes de que transcurrieran esos 20 años. Ella pagó un alto precio por su traición. Hasta donde sabemos Rebeca nunca más vio a su amado hijo, quien también tuvo que pagar un alto precio, pues sería timado por Labán, su futuro suegro. Recogemos lo que sembramos.

Ya Jacob no era muy joven, de hecho, tenía 77 años de edad. Podemos llegar a esta cifra al comparar su edad con la de su futuro hijo José muchos años después, al comparar la edad de Jacob cuando fue a Egipto (tenía 130 años; Génesis 47:28) y la de José en el mismo tiempo (José tenía 39. Cuando había sido presentado ante Faraón y lo nombraron primer ministro, José tenía 30 (41:46); su familia se volvió a reunir con él 9 años después, 7 de abundancia + 2 de hambre). Podemos sustraer entonces la edad de José a la de Jacob (130-39=91), para llegar a la conclusión que Jacob era 91 años mayor que José. Jacob se había marchado de la

casa de sus padres 14 años antes del nacimiento de José (30:24-25), así que sustrayendo $91-14=77$, podemos saber que tenía 77 años de edad cuando se fue de su casa.³ ¡Asombroso! Esa fue la edad a la que salió de debajo de la saya de su madre, ¿no creen?

Hasta el momento, Rebeca ha obtenido en su vida todo lo que ha querido: la primogenitura y la bendición eran ahora de Jacob, y Esaú jamás regiría su familia. Isaac había tomado la iniciativa de enviar a Jacob a casa de la familia de ella para que estuviese a salvo. Mas en el proceso de alcanzar lo que quería perdió lo que en verdad tenía valor. Jacob no regresó hasta después de su muerte; ella perdió todo tipo de relación con Esaú, y lo más probable es que su matrimonio jamás se haya recuperado de la traición a Isaac y a Esaú.

Lo que había sido su fortaleza se convirtió en debilidad; lo que había sido su encanto se convirtió en crueldad. Estaba tan decidida a conseguir a toda costa la primogenitura de Jacob, que se convenció a sí misma de que su mentita y sus trucos estaban bien justificados, quizás haya llegado al punto de convencerse de que Dios la ayudaría a llevar a cabo el engaño. ¿Acaso no se le ocurrió que Dios podía cumplir Su propósito sin la ayuda de ella? ¿Hay alguna duda de que Jacob era también un astuto engañador? Él había aprendido mucho de su madre.

Al igual que ella, también somos capaces de destruir todo lo que Dios nos ha dado para bendecirnos y satisfacernos. Warren Wiersbe dijo en una ocasión: “*Fe significa vivir sin planificar*”. ¡Cuán acertado! Rebeca pudo haber tenido casi todo lo que ansiaba sin tener que perder lo que más valía, si le hubiera permitido a Dios hacer las cosas a Su manera. ¿Recuerda uno de nuestros dos versículos-tema? “*La mujer sabia edifica su casa, mas la necia con sus manos [y boca] la derriba.*” ¿Cómo está nuestra casa hoy? ¿Estamos ocupándonos en edificarla o en derribarla?

En el interior de cada una de nosotras existe el potencial que hemos observado tanto en Sara como en Rebeca. Puede tardar años en salir a flote, pero finalmente saldrá a relucir. Un cambio de circunstancias en nuestras vidas puede activarlo, provocando así cambios en nuestro interior, que son apenas imperceptibles para la persona a quien le está sucediendo. Es muy fácil auto-engañarse, pues sentimos que somos igual que antes.

La forma más segura de revisarnos es observar el comportamiento y las reacciones de las personas con las cuales vivimos. ¿Acaso nos temen ahora, mientras que antes les brindábamos bienestar y confianza? ¿Desaparecen de nuestra vista nuestros hijos cuando se percatan de que estamos de mal humor? ¿Son cuidadosos en su trato cuando ven que no estamos

molestos? ¿Nos trata nuestro esposo con guantes de seda para evitar problemas? ¿Han dejado de confiar en nosotras nuestros seres más cercanos? ¿Ya no conversamos en familia a la hora de la cena? ¿Nos ha estado mostrando nuestro cónyuge el mismo afecto de antes, o se ha distanciado? ¿Han cambiado las cosas? ¿En qué sentido?

Proverbios 19:13b afirma: “*gotera continua [son] las contiendas de la mujer*”; y Proverbios 21:9 agrega: “*Mejor es vivir en un rincón del terrado que con mujer rencillosa en casa espaciosa*”. Estos versículos nunca han sido de mi preferencia, pero encierran una gran verdad. ¡Estoy segura de que ellos pueden aplicarse a los esposos también!

¿Podiera usted decir que Rebeca tuvo éxito en edificar su casa o que es culpable de haberla derribado? Sólo podemos concluir que ella fue culpable de que su casa se derribase.

Solamente una relación personal con Jesucristo puede controlar nuestras personalidades e inconstancias. Para poder mantener nuestras personalidades a cuentas con Dios y bajo Su sosegado y firme liderazgo, necesitamos confesar nuestros pecados e invitar a Jesús a que entre en nuestras vidas. Determinemos ser sabias mujeres de fe que edifiquemos nuestra casa, y renunciemos a derribar aquello que Dios nos ha dado.

Raquel y Lea:

Mujeres de fe... después de algún tiempo

Lea y Raquel también tienen qué decirnos acerca de su fe. Ellas no sólo compartieron sus vidas antes del matrimonio por el hecho de ser hermanas, ¡sino que además compartieron el mismo esposo! Ambas eran hijas de Labán y se casaron con su primo Jacob, hijos de sus tíos Isaac y Rebeca. Una de las hermanas fue amada; la otra, ignorada. Irónicamente no fue la hermosa Raquel, amada de Jacob, quien fue enterrada a su lado en una tumba cerca de Abraham y Sara, Isaac y Rebeca; sino Lea.

Raquel y Lea como hermanas (Génesis 29:1-13)

Ambas hermanas crecieron en el seno de una familia de pastores. Como casi siempre sucede, una de ellas era linda y de hermoso parecer; la otra no. En la Biblia se emplea la palabra “delicados” (débiles) para describir los ojos de Lea (v.17), de lo cual puede entenderse que padeciese de miopía, sensibilidad a la luz que le causara tener los ojos entreabiertos, o cualquier otro defecto.

El registro bíblico es claro en cuanto a que Raquel era mucho más atractiva que su hermana. Cuando Jacob conoció a Raquel en el pozo de Harán, se enamoró de

ella a primera vista. Cuando le pidió a Labán que le permitiera casarse con ella, estuvo dispuesto a trabajar por ella siete años, pues había abandonado su hogar sin dinero que ofrecerle, como era costumbre. Esta fue una generosa alternativa y el buen Labán la aceptó. ¡El salario de siete años de trabajo era mucho más que el precio que cualquier pretendiente hubiera ofrecido por la novia! Sin embargo las Escrituras dicen en el versículo 20b: *“le parecieron como pocos días, porque la amaba”*.

Sabemos muy poco acerca de Raquel y Lea como hermanas antes de conocer a Jacob, pero podemos usar nuestra imaginación santificada. ¿Qué es lo que normalmente sucede cuando una de dos hermanas es bonita y atractiva y la otra no? Lea significa “vaca salvaje”, no precisamente un nombre halagüeño, sobre todo en los tiempos del Antiguo Testamento, en que los nombres eran escogidos de acuerdo con algo que estuviese relacionado con la esencia de la persona que lo iba a llevar. Al igual que su tía abuela Sara y su tía Rebeca, Raquel es descrita: “de lindo semblante y de hermoso parecer” (v. 17). Al ser pastora, debió de haber estado en buena forma física por el esfuerzo de tener que caminar kilómetros y kilómetros, además de realizar otras actividades relacionadas con el pastoreo. ¿Sería difícil imaginar la competitividad existente entre las dos?

A diferencia de su no tan atractiva hermana, la belleza y el encanto de Raquel atraían a las personas hacia ella sin mucho esfuerzo de su parte. Lea aprendió desde muy joven que debía ganarse un lugar en el corazón de los que la rodeaban. Mientras Raquel aprendió a esperar de los demás, Lea aprendió a dar a los demás.

Raquel y Lea como esposas (Génesis 29:14-30)

Después de siete años, Jacob tuvo que recordarle a Labán que su tiempo de servicio había terminado. Entonces el tramposo Labán sustituyó a su prometida por Lea, la hija mayor y menos atractiva. ¡Sorprendentemente, Jacob no se dio cuenta del engaño hasta la mañana siguiente a la noche de bodas! Luego Labán le ofreció a Raquel por otros siete años de trabajo (vv. 26-30), con lo cual Jacob estuvo de acuerdo. Afortunadamente él no tuvo que esperar durante los siete años adicionales para casarse con Raquel; sólo tuvo que esperar a que terminara la semana nupcial de Lea, después de lo cual podía casarse con Raquel también.

¡Qué historia! Comenzó con un engaño y terminó con la consecuente competencia y el engaño continuo que se mantendría a lo largo de muchas de las generaciones subsiguientes. Tal vez la competencia haya sido la causa de la desesperación de Lea por casarse con Jacob, aun mediante una mentira. ¿Habría anticipado

ella la humillación que le esperaba a la mañana siguiente de haberse casado, sabiendo bien cuánto amaba Jacob a Raquel? Lea debe de haberse sentido celosa de su hermana o hasta temerosa de que si no participaba en el engaño, se quedaría sin casarse durante el resto de sus días. Quizás razonó: “*¡Es mejor compartir mi esposo que no tener ninguno!*”. Y sobre todo en aquellos tiempos era mejor así. Desde que Jacob había llegado al lugar, no había aparecido ningún pretendiente aceptable, y ella quería evitar ser la hermana solterona.

Es muy posible que Lea también amara a Jacob. ¿Qué joven no se sentiría atraída por un posible rico que se conducía como un príncipe? De acuerdo con lo que conocemos de otros pasajes bíblicos acerca de Jacob, de seguro él tenía una gran personalidad y un gran entusiasmo por la vida. Debe de haber sido un esposo apasionado, que prometía riqueza y seguridad. *¿Por qué Raquel debería tenerlo también?* – puede haber razonado Lea. – *¿Por qué siempre tienen que ganar las buenas apariencias físicas? ¿Por qué no puedo al menos compartir un esposo con mi hermana?*

Sabemos que ella cooperó con su padre en este cruel engaño a su hermana y a Jacob. Probablemente a ella no le haya quedado más remedio, puesto que se suponía que las hijas siempre obedecieran a sus padres, pero también es probable que ella hubiese querido obedecer *esta vez*.

Como si fuera poco, la desfavorable competencia no sólo afectó a las hermanas a medida que crecieron en el mismo hogar, sino también en sus matrimonios. Los celos son un cáncer que continúa desarrollándose y creciendo mientras se le alimenten. Ambas fueron afectadas.

La rivalidad entre las dos hermanas envenenó sus relaciones con Jacob desde el principio. Recuperarse del increíble engaño implicaba madurez y la voluntad de perdonar, pero parece que ninguna de las dos procuró una paz duradera. El registro bíblico indica que ninguno de los matrimonios se recuperó por completo. Hasta en las mejores familias el matrimonio requiere de muchas adaptaciones; pero este necesitaba cambios sustanciales.

Socialmente hablando no había nada de inusual en estos matrimonios, ¡pero Raquel y Jacob comenzaron el suyo con un impedimento mucho más escabroso que el de vivir con una suegra en la misma casa! Ellos nada más querían estar solos, mas había una pobre Lea en la casa, nada más y nada menos que tan esposa de Jacob como lo era Raquel, excepto en el corazón de él. ¡Pienso que podemos suponer sin temor a equivocarnos que vivían en tiendas separadas! Aun así, Raquel sentía que Lea estaba atravesada en su camino por el simple hecho de estar allí.

¿Cómo se sentía Lea? Tal vez no haya dolor mayor que amar como se supone que amaba a Jacob, sabiendo que no era correspondida. Cada vez que Jacob le prestaba atención, ella sabía que lo hacía porque tenía que hacerlo. Es probable que haya podido preservar su salud emocional y femenina por haber tenido que aprender desde muy temprano en su vida a darse a los demás, en vez de esperar que otros se dieran a ella.

No resulta difícil imaginar el estado que trajo como resultado este matrimonio doble. La poligamia nunca ha sido aprobada por Dios por razones obvias. A la mayoría de los esposos(as) no les gusta compartir su pareja con nadie más, ni siquiera una mirada provocativa. ¿Cuánto más difícil no debe de haber sido para ella compartir su esposo con una hermana tan competitiva? Es sorprendente que este matrimonio haya sobrevivido.

¡Pero es aún más sorprendente que Dios lo haya bendecido hasta el punto que de él salieron las doce tribus de Israel! Habían pasado 169 años desde la promesa original a Abraham con relación a la gran descendencia (25 años hasta el nacimiento de Isaac, Génesis 12:4, 21:5; 60 años hasta el nacimiento de Jacob y Esaú, Génesis 25:26; Jacob tenía 77 cuando salió de su hogar y habían pasado 7 años desde entonces: $25+60+77+7=169$),⁴ ¡hasta que Dios decidió cumplir Su promesa de una gran nación mediante dos hermanas en riña! Quizás tres personas juntas nunca

comenzarían una vida matrimonial contra todos los pronósticos, pero Dios estaba en este matrimonio; nunca los forzó, pero estaba plenamente involucrado en él como lo está en nuestras vidas hoy.

Sí sabemos que al menos una vez estuvieron unidos y en total acuerdo. Fue cuando Jacob envió por ambas (31:4) para que vinieran al campo para discutir el cambio de actitud que hacia él había tenido Labán. Jacob además les dijo que Dios le había dicho que regresara a su tierra natal. Las respuestas de ambas demostraron que compartían el compromiso del bienestar mutuo y de sus hijos.

Raquel y Lea como madres (Génesis 29:31-30:24)

Con el paso de los años, Raquel tuvo el corazón de Jacob y su amor, mientras que Lea le dio hijos a él. Pocas cosas hay que provoquen más celos en una mujer que cuando ve a otra tener uno y otro hijo mientras la primera no puede tener ninguno. La capacidad de concebir y dar a luz es un asunto muy delicado, y casi imposible de comprender para aquellas que la tienen.

Las Escrituras son muy claras en cuanto a que Dios compensó a Lea al bendecir su vientre. ¿Por qué? Porque su esposo no la amaba. No tardó mucho en concebir y dar a luz a Rubén, el primogénito de Jacob.

Fíjese en el significado del nombre, pues nos da una idea del estado emocional de Lea al nacer su bebé. Le puso Rubén porque: *“Ha mirado Jehová mi aflicción ; ahora, por tanto, me amará mi marido”* (v. 32b). ¡Cuánto ansiaba que Jacob la amara!

Concibió y dio a luz su segundo hijo, al cual llamó Simeón, *“Por cuanto oyó Jehová que yo era menospreciada, me ha dado también éste”* (v. 33). ¿Puede percibir el deseo de su corazón? Una vez más concibió y dio a luz su tercer hijo; lo nombró Leví, que significa: *“Ahora esta vez se unirá mi marido conmigo, porque le he dado a luz tres hijos”* (v. 34).

Le nació un cuarto hijo – esta vez vemos un cambio en su corazón – al cual puso por nombre Judá, que significa... *“Esta vez alabaré a Jehová”*. Parece que cesó de luchar por alcanzar el amor de Jacob, al menos durante un tiempo; y las Escrituras declaran que cesó de tener hijos (v. 35).

Entretanto, aunque tenía el amor de su esposo, ansiaba tener hijos. Elcana, el esposo de Ana, nunca pudo llenar en este sentido el corazón de su esposa, por lo cual le dijo: *“¿No te soy yo mejor que diez hijos?”* (1 Samuel 1:8b). La respuesta es *no*. Un buen esposo jamás podrá ocupar el lugar de los hijos en el corazón de una mujer. El esposo satisface otra clase de necesidades. La abundancia de un tipo de amor no llena el vacío que crea la ausencia del otro. Raquel

ansiaba tener hijos desesperadamente, mucho más cuando su rival había tenido un hijo tras otro. Esto era mucho más de lo que podía soportar. Unámonos nuevamente a Eugenia Price en su recuento de la historia.

Una noche, después de haberse apresurado en el campo para estar con Raquel, Jacob fue sorprendido por su estado de ánimo.

“No soy una buena compañía esta noche, Jacob. ¡Seguramente me verás más atractiva si pasas la noche con mi querida hermana Lea!” Su sarcasmo oscureció sus tiernos y adorables ojos mientras caminaba con inquietud de un lado a otro frente a Jacob.

“¿Peleaste con Lea hoy?”

“¿Que si peleé? – le contestó, girando hacia él con sus manos sobre las caderas. “Jamás peleamos – me gustaría mucho que ella peleara conmigo. ¡Ella sólo sabe sentarse frente a mí, mirándome con esos ojos enfermos como si le hubiese hecho un gran mal al haber nacido! Pero está sentada allí con otro de tus hijos en sus brazos y, oh, Jacob!”

En ese momento ella se arroja en sus brazos, mientras sostiene en sus manos el rostro de él, lo aprieta contra

*el suyo y le expresa: “¡Dame un hijo, Jacob, o moriré!”*⁵

El texto bíblico dice: “*Y Jacob se enojó contra Raquel, y dijo: ¿Soy yo acaso Dios, que te impidió el fruto de tu vientre?*” (30:2). ¡Obviamente no era culpa de él!

Fue entonces cuando Raquel sugirió algo en lo que quizás había estado pensado desde hacía tiempo. Al igual que su abuela Sara, ella conocía acerca de la costumbre de aquella época, que cuando una mujer no podía tener sus propios hijos, podía dar a su esposo su sierva para que tuviese hijos para ella. Legalmente esos hijos pertenecían a la primera esposa, no a la sierva. Las madres sustitutas no son una novedad. Jacob aceptó la sugerencia de Raquel, tomando así a Bilha como segunda (al mismo nivel) esposa.

Bilha no tardó en concebir. Dio a luz un hijo que Raquel llamó Dan, que significa: “*Me juzgó Dios, y también oyó mi voz, y me dio un hijo*” (v.6). La sierva concibió otra vez y tuvo un segundo hijo. Raquel nombró Neftalí, por cuanto: “*Con luchas de Dios he contendido con mi hermana, y he vencido*” (v.8). Los nombres seleccionados por Raquel también evidencian su estado emocional. Sentía profundamente la rivalidad por los hijos, que antes era por el esposo. El nacimiento de Dan la había reivindicado, y con el de Neftalí sintió que había ganado la competencia.

Es interesante apuntar que hasta el momento Raquel era la única que competía por los hijos; Lea sólo quería el amor de Jacob. ¡Ella tenía suficientes hijos! Mas el hecho de Jacob haber tomado a Bilha, la sierva de Raquel, dio un vuelco a las cosas. Como Lea había dejado de tener hijos (quizás un año antes), se alistó de nuevo en la competencia entregando su sierva Zilpa a Jacob, quien rápidamente tuvo dos hijos. Lea los llamó Gad y Aser, cuyos nombres significan “*ventura*” y “*dicha*” respectivamente (vv. 11,13).

Ahora Lea tenía seis hijos, incluyendo los dos de Zilpa, y estaba feliz. Había desempatado el partido y todavía se encontraba en primer lugar. No obstante, raras veces es duradera la felicidad que depende de las circunstancias.

Las competencias desfavorables traen como resultado diversos problemas. Cuando estamos bajo el control de Dios, no hay necesidad de competir por rencor, lo cual es muestra de que estamos tomando las riendas e intentado que las cosas salgan a nuestra forma. La verdadera fe consiste en vivir sin hacer planes ni competir. Cuando seguimos la dirección de Dios, la responsabilidad tanto de nuestros fracasos como de nuestras victorias es de Dios, y podemos aceptar ambos con paz en nuestro corazón, sabiendo que Él tiene el control.

Sin embargo los corazones de estas dos mujeres no estaban en paz. La competencia resurgió en la cama. Las Escrituras relatan (v.14): “*Fue Rubén [el hijo mayor de Lea, que tenía más o menos 4 años] en tiempo de la siega de los trigos, y halló mandrágoras en el campo, y las trajo a Lea su madre*”. Las plantas de mandrágora, de la familia de la papa, presentan una raíz gruesa y bifurcada, lo cual dio lugar a la superstición que la planta tenía cualidades afrodisíacas (por lo cual aún en la actualidad su fruto es llamado *manzana del amor*).

Raquel hizo un trato con Lea por algunas de ellas, con la idea de que la ayudaría a quedar embarazada, pero no sirvió de nada. De hecho Lea tuvo tres hijos más, mientras que Raquel seguía siendo estéril. No existe ninguna referencia de que Raquel clagara a Dios para que le permitiera tener hijos. En cambio se dedicó a la superstición y a la competencia. Cuando Jacob regresó del campo esa noche, Lea salió a su encuentro, comunicándole que sería de ella esa noche, que ella lo había “alquilado” por las mandrágoras de su hijo. ¡En qué desastre se había convertido su matrimonio (v. 16)!

Asombrosamente Dios continuó bendiciendo a este matrimonio y le dio a Lea dos hijos y una hija más (en 37:35 se mencionan otras hijas además de ésta). Los varones fueron llamados Isacar, que significa: “*Dios me ha dado mi recompensa, por cuanto di mi sierva a*

mi marido”, y Zabulón, que significa: “*Dios me ha dado una buena dote; ahora morará conmigo mi marido*” (vv. 18,20). Lea nombró a su hija Dina; no se dice el significado de dicho nombre. Sólo es presentada en este pasaje para luego ser retomada en la narrativa del capítulo 34. Las hijas en aquella época no tenían el estatus que tienen en la actualidad.

Finalmente, Dios en Su misericordia abrió la simiente de Raquel. Ella tuvo un hijo llamado José: “*Dios ha quitado mi afrenta; añádame Jehová otro hijo*” (v. 25). Parece que las actitudes de Raquel cambiaron con la llegada de su tan ansiado hijo. Al menos reconoció que era Dios quien se lo había dado, pero al nombrarlo evidenció que aún no estaba satisfecha. Quería otro; aunque se convirtió en una piadosa y maravillosa madre para José. Debe de haber sido ella quien le enseñó acerca del Dios de su padre, de la herencia divina que le habían legado sus ancestros, el cual debería ser legado por él a sus descendientes. José se convierte en uno de los personajes bíblicos más devotos del Antiguo Testamento.

Parece que las mujeres que se ven obligadas a esperar durante un tiempo por la llegada de sus hijos experimentan un mayor gozo y un mayor sentido de realización cuando al fin los tienen. Ciertamente Raquel se regocijó al tener entre sus brazos al pequeño José. ¿Por qué Dios la había hecho esperar tanto? Quizás porque, como lo hizo con Sara, estaba

preparando el terreno para el milagro, con el fin de mostrar Su gloria y misericordia al contestar las oraciones de ella. Dios la estaba moldeando mediante sus conflictos con Lea.

Raquel dio a luz otro hijo, al cual llamó Benjamín, durante el viaje de la familia hacia en sur de Canaán. Sin embargo, Raquel murió en el parto, dejando así dos hijos por detrás. El resultado final de toda su competencia con Lea había sido este: Lea se encargaría de criar sus hijos. Afortunadamente, durante esos últimos años de su vida, ella se había contentado verdaderamente, confiando en Dios y en su fe.

¿Qué podemos aprender de estas dos mujeres? Raquel nos recuerda una vez más que la belleza física no necesariamente proporciona contentamiento, y que un esposo amoroso no garantiza la felicidad. A fin de cuentas, solamente una relación íntima con nuestro Padre Celestial puede proporcionarnos verdadero contentamiento. Todas las demás cosas y relaciones pueden fallarnos, y mientras pongamos en ellas nuestras esperanzas, nos mantendremos sufriendo e insatisfechos. Si ponemos nuestra vista en ellas, siempre nos sentiremos decepcionados. Bienaventurado el esposo y la esposa que lo saben. Pues depositar nuestras esperanzas y nuestra felicidad en manos de otra persona es ser injusto con ella. Con frecuencia esto trae consigo desaliento y derrota, y con mucha más frecuencia, el divorcio.

Lea permaneció en busca del amor, la aprobación y la aceptación de Jacob; y también se decepcionó continuamente hasta que orientó su vida hacia Dios. Esto lo podemos notar en los nombres que dio a sus hijos. Su vida nos recuerda que la gente se deja impresionar demasiado por las apariencias. A veces parece que únicamente Dios está interesado en lo que Él ve en el corazón del hombre.

No obstante de Lea aprendemos la importancia de mantenernos enfocados en Dios, en desarrollar nuestro ser interior, en aprender a dar en vez de esperar recibir. En Lea podemos ver que Dios no bendice todas las personas de la misma forma. Necesitamos aprender a aceptar los dones que proviene de Él, a agradecerle por ellos, y a desarrollarlos para Su gloria, en lugar de lamentarnos por aquellos dones que no nos han sido otorgados.

¿Cómo podemos medir a Raquel y a Lea de acuerdo con nuestro versículo en Proverbios 14:1? ¿Edificaron ellas sus casas o las derribaron? Aunque aparentemente ambas al final obtuvieron la victoria sobre sus celos, la amarga competencia y la decepción continua, efectos directos de sus rivalidades, persistieron en las siguientes generaciones. Sus acciones acarrearán consecuencias en las vidas de sus hijos, pues ellos heredaron actitudes de sus madres que provocaron fatales disfunciones familiares, rivalidades entre

hermanos, profundo odio y la futura venta de su hermano José como esclavo hacia Egipto. Y las relaciones humanas insatisfactorias afectan nuestra relación con Dios. La respuesta a nuestra pregunta debe ser: *No, en general, Raquel y Lea no edificaron sus casas, sino más bien sembraron semillas de destrucción que resultaron en amargas consecuencias para la naciente nación hebrea.*

¿Cómo podemos evaluar a Raquel y a Lea en base al otro versículo-tema: “*Para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque precedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo*” (1 Pedro 1:7)? ¿Puede ser catalogada de preciosa o genuina la fe de ellas; habrá sobrevivido a la prueba del fuego de la persecución y el sufrimiento? ¿Aprobaron ellas la prueba de fe? La respuesta debe de ser *Sí*; sobre todo porque no sabemos el final de la historia de la vida de Lea. Únicamente podemos suponer que también Lea la haya aprobado; que a pesar de que algunas veces ambas hayan fallado garrafalmente, aprendieron de sus fracasos y maduraron en cuanto a la fe. Ojalá también seamos como ellas en cuanto a no darnos por vencidas cuando fallemos, sino aprovechando los beneficios de nuestros fracasos, y en cuanto a aprender a mirar las cosas como Dios quiere que las miremos, desde Su perspectiva, a fin de continuar sirviéndole.

Notas

¹ Eugenia Price. *Dios habla hoy a las mujeres*. Pyramid Books. 1964. Página 31.

² *Ibíd.* Página 40.

³ Esta cronología aparece más detalladamente en el libro de mi padre *A Study Guide: Genesis* (guía de estudio del libro de Génesis). Leon J. Wood. Zondervan Publishing 1975. Página 69.

⁴ *Ibíd.* Página 106.

⁵ Eugenia Price. *Dios habla hoy a las mujeres*. Página 60.

Esbozo de la autora

Marilyn creció en Grand Rapids, Michigan, y se hizo creyente a la edad de 7 años. En diciembre del año 1970 se casó con Keith Kaynor, quien era seminarista en Grand Rapids por aquella época.

Ella ha impartido estudios bíblicos durante 20 años y conferencias en retiros para mujeres en numerosas ocasiones.

Marilyn ha servido como pastora durante 30 años y como música en la iglesia gran parte de ese tiempo. Ha trabajado en la educación cristiana a diferentes niveles durante varios años.

Los Kaynor tienen dos hijos casados y tres nietas.

Este matrimonio ha viajado a los siguientes campos misioneros para escuchar la Palabra, servir y predicar:

Europa Occidental, 1997

Singapur, Manila y Hong Kong, 1999

Filipinas, agosto y octubre del 2001; marzo del 2002

Brasil, julio del 2002

Ecuador y Bogotá, octubre del 2002

Cuba, abril del 2003

Uganda y Zambia, agosto del 2003

En la actualidad están sirviendo junto al Ministerio Acción Internacional, una organización que sirve a niños de la calle en países del Tercer Mundo.